

BUENAS PRÁCTICAS AGRÍCOLAS Y GANADERAS PARA LA CONSERVACIÓN DE LA FAUNA AMENAZADA

La pérdida de biodiversidad es uno de los mayores retos a los que nos enfrentamos hoy en día. La actividad humana está causando una pérdida de especies con tasas de hasta 114 veces más altas en un escenario con circunstancias evolutivas naturales. Muchos ecosistemas que nos proporcionan recursos esenciales y servicios ecosistémicos también pueden disminuir. La conservación y el uso sostenible de la biodiversidad es esencial para mantener los servicios de los ecosistemas, la producción agraria y la nutrición humana para una calidad de vida.

A mediados del siglo XX comenzaron décadas de intensificación de la producción agraria y un uso continuado de la tierra asediado con infinidad de productos químicos de síntesis, que han tenido un papel significativo en el cambio radical del suelo y por tanto de la biodiversidad. La agricultura intensiva, la introducción de especies exóticas invasoras, la fragmentación y las alteraciones de los hábitats, así como el abandono de cultivos en las zonas menos productivas, entre otros factores, han dado como resultado una gran disminución de variedad de especies. Además, el cambio climático está causando, a marchas forzadas, modificaciones en la flora y la fauna autóctonas. Cada vez, son más frecuentes las muestras, que la intensificación agrícola provoca, en la disminución de especies en paisajes cultivados como vienen alertando las listas rojas de especies amenazadas.

El uso de fitosanitarios y de fertilizantes nitrogenados sintéticos, el monocultivo, la introducción de variedades mejoradas genéticamente, las concentraciones parcelarias y el uso reiterado de maquinaria pesada, son algunos de los factores que han contribuido a una pérdida drástica de biodiversidad. En cambio, la agricultura extensiva, junto a otras no convencionales, ha sido más favorable a su conservación, dado que la presencia de hábitats naturales y semi naturales es más relevante. En el ámbito mediterráneo, la intensificación agrícola va muy a menudo ligada a la introducción de regadíos, que comportan cambios drásticos en el medio agrícola y en las especies asociadas (cambios de cultivos y de prácticas agrarias, eliminación de márgenes, etc.)

Un análisis completo de 66 estudios científicos muestra que las áreas cultivadas de manera ecológica tienen por término medio un 30% más de especies y un 50% más de individuos que las superficies no ecológicas. El efecto positivo de la agricultura ecológica es más significativo en paisajes simples, pero también se ve en regiones estructuralmente ricas.

La ganadería, por su parte, es un sector también, con uno de los mayores impactos en las pérdidas de biodiversidad y, al mismo tiempo, uno de los pocos sectores con impactos también positivos en los ecosistemas. Para la producción de alimentos nutritivos para la población en crecimiento, los sistemas ganaderos utilizan grandes cantidades de recursos naturales y generan externalidades ambientales negativas como la contaminación. Esto provoca cambios en el hábitat, da lugar al cambio climático y provoca pérdidas de biodiversidad.

En cambio, cuando se gestiona de forma sostenible, el ganado puede contribuir a mantener los hábitats abiertos y a la salud y funcionalidad de los ecosistemas de pastizales y dehesas. Con impactos en los ecosistemas que van de negativos a positivos, el ganado puede usar dos palancas para mejorar su desempeño en biodiversidad: mitigar los daños y maximizar los beneficios.

Exponer esta serie de problemas no es denigrar a actividades tan importantes y necesarias como son la agricultura y la ganadería. Son labores que deben seguir coexistiendo en armonía con la naturaleza para garantizar un equilibrio entre nuestra alimentación y los seres que habitan nuestros campos.